

«El libreto tiene más interés que un tío en pelotas»

Nino Dentici Crítico de ópera

Hoy presenta en la Sociedad Bilbaína su último libro, que gira en torno a 'Rigoletto' y revalida su confianza en el futuro de la ópera

ISABEL URRUTIA

BILBAO. La afición se la despertó su padre, que era siciliano y se llamaba Calogero (Carlos para los amigos vascos). «Era médico en Génova pero terminó recalando en Euskadi, por la industria conservera que llevaba mi abuelo. Se casó con una ondarresa y, mira, aquí estoy yo». Así lo cuenta Nino Dentici (Ondarroa, 1946), crítico de lírica en EL CORREO y autor de 'La ópera del bufón maldito: Rigoletto' (ed. Beta).

«No se llega al corazón con artificios. Lo mismo pasa en el mundo de la ópera. A mí me gusta la transparencia», razona Dentici en el bar inglés de la Sociedad Bilbaína, muy cerca de la sala donde hoy, a las 19.30

horas, presentará su último libro. «Yo no me aburro. Viajo siempre que puedo para ver óperas—hace poco estuve en Palermo y Nápoles— y no me importaría ir al Festival de Savonlinna, que tiene mucha fama pero, ay, ay, está en Finlandia. Me da pereza».

— ¿Su primer recuerdo operístico? — Tendría yo ocho años. Mi padre me dijo que había coincidido en el tren con.... ¡La Divina!

— ¿La soprano Claudia Muzio?

— Esa misma. Estaba emocionado.

— Todo un amante de la lírica, ¿no?

— Sí, tenía palco en Palermo.

— Y usted, ¿cuándo debutó como espectador?

— A los 14 años, en las Termas de Caracalla, con un montaje de 'Aida'.

— ¿De ahí la debilidad por Verdi?

— ¿Lo dice porque mi libro se dedica a 'Rigoletto'?

— Sí.

— Pues no. También adoro a Bellini, Donizetti y Rossini.

— ¿Y Wagner?

— No puedo evitar mirar el reloj cada



Nino Dentici, en la Sociedad Bilbaína, «donde suelo ir después de jugar al frontón». :: IGNACIO PÉREZ

vez que oigo la muerte de Isolda... Con eso le digo todo.

— ¿Tiene futuro la ópera como espectáculo?

— ¡Por supuesto! Eso sí, la gente se terminará cansando de los abusos de algunos directores de escena, más interesados en sacar a un tío en pelotas que en ser fieles al libreto.

— ¿De verdad?

— Se volverá al sentido común. Hay que respetar el estilo, la belleza y la melodía. Eso es lo fundamental.

— Le puede la herencia italiana.

— ¿Por qué lo dice?

— Por el gusto.

— Puede ser, puede ser.

— Usted fue muy amigo de Kraus.

— Le llevé a comer varias veces a Ondarroa, sí.

— ¿Qué le parecía como cantante?

— ¡Perfecto! ¡Una técnica colosal! Y aun así, también emocionaba.

— ¿Y en el trato?

— Muy agradable, siempre que te conociera... Pero era correcto. Y le encantaba contar chistes. Malísimos. No obstante, te reías igual. Hay que disfrutar de los buenos ratos.

— ¿Usted habla italiano?

— Claro, mis primeras lenguas fueron el italiano y el euskera. Yo aprendí

a hablar castellano con los Marianistas, en Vitoria.

— ¿Nervioso con la charla de hoy?

— No, ilusionado. Me gusta hablar de lo que me gusta. Y fijese, todo empezó con una exposición de Eduardo Zamacois y Zabala en el Museo de Bellas Artes...

— ¿A qué se refiere?

— Había retratos de bufones y aquello me dio que pensar. Así empecé a darle vueltas al libro sobre 'Rigoletto'. Es más, creo que voy a empezar la charla con esa anécdota.

— ¿Y qué más?

— Eso, en la charla, ja, ja.